

Capítulo II

DESCENSO DE PASCO A HUÁNUCO. LA SERIE DE PROCESOS PARA MOLER Y AMALGAMAR EL MINERAL ARGENTÍFERO. QUINUA. CAJAMARQUILLA. HUARIACA. SAN RAFAEL. AMBO. EL VALLE DE HUÁNUCO, SUS ATRACTIVOS Y VENTAJAS. EL ESTADO DE LA AGRICULTURA EN ESTE VALLE, Y EL COMERCIO CON PASCO. EL COLEGIO LLAMADO “LA VIRTUD PERUANA”. LA NAVEGACIÓN A VAPOR POR EL RÍO HUALLAGA, Y LA CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS SALVAJES DE LA MONTAÑA. LOS PRODUCTOS NATURALES DE LA MONTAÑA

ALGUNOS DE LOS VALLES DEL PERÚ, como el de Obrajillo y Canta, se extienden desde la costa hasta la cordillera; algunos solo tienen unas cuantas leguas de rápido descenso de la puna o altiplanicie. El de Tarma, por ejemplo, baja desde las alturas de Junín, pero otros se hunden profundamente en el seno de los Andes centrales o descienden en picada hasta la ceja de montaña, como los valles de Guarigancha y Huánuco, de este último nos proponemos ofrecer una descripción más específica.

Huánuco no debe confundirse con el antigua ciudad llamada León de Huánuco, cuyas notables ruinas todavía vale la pena visitar en las altas punas de Huamalíes; pues la ciudad llamada ahora Huánuco o, como algunos lo escriben, Guanuco, está en un valle delicioso, a veintidós leguas en dirección noreste de las minas de Cerro de Pasco, en un descenso de unos 7000 pies (2133 m); se sitúa por tanto a una altitud intermedia entre Cerro de Pasco y el océano.

En las primeras tres leguas de nuestra bajada de las minas al valle, pasamos por una serie de molinos para moler el metal antes de que sea

mezclado con sal y azogue para su amalgamación. Los molinos están situados en un estrecho valle rocoso por el que pasa el camino escarpado que muchas veces se extiende por el lecho de la corriente que al bajar pone en movimiento muchos molinos sucesivamente y, a la vez, se desplaza por abrevaderos o canales que la llevan hacia la tosca maquinaria de las haciendas, a las que se transporta el mineral con gran esfuerzo y gasto, a lomo de mulas, asnos y llamas.

A solo tres leguas de Cerro de Pasco, el camino desde el pueblo de Quinua (que una vez fue famoso por su mina de oro) al pueblo de Cajamarquilla, dos leguas más abajo, es escabroso, profundo y lodoso durante la estación de lluvias; pero los pastizales son buenos y se envía a pastar allí a las reses de los mineros por poco costo. A dos o tres leguas abajo de Cajamarquilla, de la que dimos noticia en nuestra descripción de Cerro de Pasco, está Huariaca, un pequeño pueblo con una gran plaza y muy buenas casas. Dicho pueblo es la cabecera de la parroquia y sede del gobernador, con un clima análogo al de Obrajillo en el camino entre Lima y Cerro de Pasco, como antes se dijo. Además, cultivan productos que ya hemos mencionado antes: *verbi gratia* maíz, trigo, legumbres, papas, etc. Sin embargo, aquí la vegetación es más exuberante, y se percibe un aire es muy benigno. Las heladas rara vez son tan fuertes como para arruinar o marchitar los sembríos de alfalfa y el calor sofocante es desconocido. Huariaca es grata a la memoria de muchos mineros de Corn, quienes, después de perder la salud en Cerro de Pasco, se regocijaron con el aspecto sonriente de la naturaleza en este lugar de encuentro para la convalecencia y disfrutaron de la deliciosa sensación de recuperar la salud. El que escribe, al igual que sus compatriotas, tiene que lamentar la prematura muerte del cura de este lugar, el doctor don Pablo de Maticorena,¹ cuya inteligencia, hospitalidad y amistosa disposición lo convirtieron en objeto de cariño y respeto, mientras su casa fue hogar del viajero y morada de la caridad sin distinción de credo ni país. A una legua más abajo de Huariaca, cruzamos un puente colocado sobre el pequeño río de Cono o Pallanchacra;

1. Efectivamente, en 1828, Pablo Marticorena figura como párroco de Huariaca (De Piérola 1828: 92) (N. de la T.).

a una corta distancia de dicho puente se encuentran las famosas aguas termales de Cono, a las cuales los enfermos acuden con frecuencia por estar en un pequeño valle templado. A las orillas de este río tenemos duraznos perfectos y en abundancia, y a medida que nos acercamos a San Rafael, a unas pocas leguas más abajo, es algo encantador mirar las cumbres coronadas de aldeas indias y las pequeñas planicies y declives en que se cosechan trigo y papas, etc. y, cerca del río, maíz. La temperatura de San Rafael es agradable y esta localidad está libre de toda enfermedad endémica.

De San Rafael a Ambo hay una distancia de varias leguas de camino duro, que, a veces, pasa cerca de la orilla del río. A menudo, corre al lado de la cuesta y tiene escalones rocosos y estrechos pasos bloqueados por las grandes rocas y arbustos que los torrentes de montaña arrastran en la temporada pluviosa. El valle se amplía hacia las cumbres, pero abajo se estrecha tanto que solo deja espacio para el paso del río. Allí encontramos que el camino, en ciertos trechos, va por la superficie de la roca y los peñascos salientes sirven de apoyo a palos o vigas que se tienden sobre las hondonadas existentes, encima de las que, a su vez, se ponen losas o broza cubierta con un poco de barro, formando así un puente sumamente incómodo y angosto suspendido sobre la corriente. En Ambo, a nueve leguas más abajo de Huariaca, el aspecto del paisaje cambia. Por la noche se escucha el fuerte zumbido (pues no se puede llamar croar) de pequeñas ranas y en el día se ve la granadilla con elegantes festones sobre el árbol de paca y del lúcumo. Aquí, el sediento viajero ha llegado a la tierra del guarapo, donde puede disfrutar el fresco del corredor, y despojarse del peso de sus gruesas prendas y ponchos serranos.

De Ambo a la ciudad de Huánuco tenemos cinco leguas de camino encantador, y de Ambo hacia abajo se puede decir que comienza el valle de Huánuco. En él residió durante tres años el autor. El año se divide, como siempre, en una estación de lluvias y una de seca, observando los mismos periodos de cambio que ocurren en las estaciones de las alturas de la sierra. Sin embargo, en este valle nunca cae la nieve, excepto en las cumbres de las montañas más altas; y el termómetro rara vez sube por encima de los 72 °F (22.2° C) a la sombra del corredor o de la umbrosa higuera. En el día más caluroso, cuando todo

pequeño guijarro resplandece con los rayos del sol en la superficie del campo recién roturado hasta herir la vista, el termómetro, al quedar en el exterior expuesto directamente a los rayos del sol, sube mucho; pero al ponerlo en la sombra, cae otra vez a unos pocos grados por sobre los 70 °F (21.1° C), y pocas veces en todo el año se le ve bajar a menos de 66 °F (18.9° C) por la noche en el interior de la casa, manifestando con ello una regularidad de la temperatura tan extraordinaria como benigna. En esta bella localidad, la variación en el termómetro es tan imperceptible que el estado de la circulación interna de nuestro cuerpo casi no se ve perturbado por los cambios repentinos inducidos por las vicisitudes de la temperatura. Probablemente, debido a la uniforme suavidad de la atmósfera, en dicha región es raro encontrar enfermedades tales como la tuberculosis pulmonar o el paludismo. Por ello, en los tres años que residimos aquí, solo conocimos de un caso en que la enfermedad se originó en el valle. Sin embargo, aquellos que, al haber vivido en otras partes, tienen los pulmones casi destruidos por la tuberculosis y la expectoración de sangre, encuentran un asilo temporal que les permite prolongar la vida aunque la recuperación completa de la salud sea físicamente imposible. A veces se quejan de la sequedad del clima, pues, solo durante los meses lluviosos, la sudoración se hace perceptible comúnmente con un esfuerzo moderado. Durante la mayor parte del año, los rayos del sol que se reflejan en las laderas del valle lo harían insoportablemente cálido, si no fuera por la brisa diaria que, desde aproximadamente las 11 a. m. a las 3 p. m. sopla desde la montaña con uniforme regularidad por el abra entre los cerros por la que corre el río Huánuco hacia el Huallaga y el gran Marañón.

En agosto y septiembre no cae el rocío de manera perceptible, pero durante estos meses en que la vegetación en los vallecillos vecinos se hace escasa, los venados merodean a menudo en manadas hasta los matorrales cerca del río y a medianoche los hemos acechado en medio de los campos sin descubrir ni trazo de humedad en las hojas de alfalfa. Las noches son siempre agradables y el cielo, cuando no llueve, es puro, brillante y bello. Los cerros al este del valle están cubiertos de pasto, tienen manantiales y bosque perennes en hondonadas y claros frondosos, y es posible que el ganado paste en ellos todo el año; pero en el lado opuesto, al oeste, las montañas son monótonas masas áridas

como las de la costa durante nueve meses del año y apenas proporcionan un escaso brote de arbustos floridos y yerbas en sus laderas. Entretanto, solo sus altas cumbres producen una densa masa de hierba suave con que se alimentan los apriscos de ganado en los meses de enero, febrero y marzo, en una estación en que, según hemos visto, las alturas eriazas cercanas a la costa están calcinadas y desprovistas de toda vegetación a excepción del cactus y algunas plantas tuberosas. Pero las llanuras que se abren rodeando la base de las montañas y los cerros que van a formar el valle de Huánuco jamás presentan la marchita faz del invierno. Con la contribución de los riachuelos de las montañas, a veces artificialmente desviados de su curso natural, y encauzados mediante serpenteantes acueductos de muchas millas de longitud, se mantienen siempre verdes y productivas las numerosas pampas que hay entre los recodos de las cumbres y laderas, situadas, con frecuencia, mucho más arriba de las llanuras más bajas. De igual modo, las acequias del río fertilizan los campos y cercados en el fondo del valle.

La mejor caña de azúcar madura en unos dieciocho meses o dos años, y rinde varias zafras posteriormente. La lucerna o alfalfa, sin necesidad de abono, rinde seis cosechas anualmente por un número indefinido de años. Asimismo, en algunos sitios privilegiados da una cosecha a las seis semanas y, por tanto, rinde ocho cosechas anuales. (Según dicha tasa, quien esto escribe tenía un campo que rendía alfalfa de casi una yarda de alto y de buena flor.) El plátano, tanto grande como pequeño, y la más sabrosa tuna o higo de indio, crecen en abundancia; la mejor piña se trae de la vecina *montaña*, donde la vegetación es mucho más exuberante y vigorosa que en el valle de Huánuco. En este valle, sin embargo, la palta y la chirimoya maduran en rama en su tierra nativa. Aquí florecen el maguey, el café, el algodón, la vid, la granada, el naranjo, la lima, el limón y el limonero, y el aldeano más insignificante, así como el humilde morador de una choza techada de carrizo, inhala en cada respiro los olores de perennes capullos. Cuando el sol dora las altas cordilleras de este valle feliz, sus habitantes se animan para la labor cotidiana en el campo con el alegre trino de los prisioneros de bello plumaje en las enramadas bien sombreadas. Tales son, entonces, los atractivos más destacados y las ventajas naturales del valle de Huánuco, y, además, nos permitimos mencionar que la

ciudad de Huánuco es la principal sede de recreo para quien desgasta sus fuerzas e agita su ánimo en la búsqueda, muchas veces engañosa, de riqueza en Cerro de Pasco y otras inclementes localidades mineras. A pesar de estas molestias y desgracias, pocos pueden estar sumidos en un ánimo tan triste o cínico como para no disfrutar y compartir el júbilo entusiasta y los anticuados regocijos de una fiesta de carnaval en Huánuco.

La agricultura de Huánuco, aunque atractiva a los ojos del viajero ordinario, que solo ve sus ricos y ondulantes campos, cercados de tapiales o muros de adobe y setos de tunales y plantas de maguey o aloe, es defectuosa como rama de la industria en todos los sentidos. Los campos deben su exuberancia más a la naturaleza que al hombre, excepto en lo que concierne al único recurso del agua, que aquel, a menudo, encauza para irrigarlos. Nunca se piensa en el abono, y el suelo rara vez lo necesita, aunque vemos el mismo lugar cultivado año tras año. Pero, si los habitantes se molestaran en limpiar sus grandes corrales una vez al año, buena parte del suelo considerado pobre podría volverse fértil en un clima tan favorable; sin embargo, esto sería salirse de la rutina acostumbrada, cosa que les disgusta abandonar. Los instrumentos de labranza son del tipo más rudimentario. El arado, pequeño y de una mano, está hecho solo de madera, sin vertedera, su simplicidad permite que hasta un hombre manco, como hemos podido observar, lo maneje con total destreza. La reja del arado es una gruesa hoja de hierro, que se ata solo cuando es necesario utilizarla con un pedazo de correa o lazo a la punta del arado, la cual surca la tierra muy superficialmente. Donde no hay hierro disponible, como frecuentemente ocurre, sabemos que el campesino pobre utiliza en su lugar una vertedera hecha de palo fierro, madera dura de un árbol que crece en la *montaña*. No disponen de rastras hablando con propiedad. Si mal no recordamos, a veces usan en su lugar grandes y toscos rastrillos, y los hemos visto emplear una gran rama verde que arrastran por el suelo sembrado, con un peso colocado sobre esta para rascarlo. Luego de pasar el arado unas ocho o diez veces, desterronan el campo destinado a la siembra de caña con la punta de un azadón corto que llaman *lampá*, una herramienta que utilizan con gran destreza para deshierbar los cañaverales y limpiar los acueductos, en lugar de usar el rodillo

cuyas ventajas nunca han experimentado. Para prensar los terrones del campo algunos indios emplean un instrumento aún más anticuado. Consiste en una piedra redonda, plana y blanda, del tamaño de un queso pequeño aproximadamente, con un agujero en el centro que se ha abierto a fuerza de golpes con una piedra puntiaguda más dura. Fijan la piedra así perforada a un palo largo y mientras la mueven por ahí hacen gran labor *cuspiando* o nivelando el campo.

La alfalfa o lucerna se corta diariamente y se consume verde, pues se debe alimentar a los rebaños de ganado y a los bueyes que trabajan con el arado y los molinos de caña de azúcar; pero no se emplea la guadaña entre los grandes hacendados, quienes encuentran necesario mantener dos o tres individuos con la hoz para cortar yerba para los rebaños, que durante el día se alimentan en los pastizales irrigados, pero por la noche son alimentados en corrales o apriscos.

Tienen la costumbre de desterronar el terreno para papas en las cuevas con largas varas finas, a las que se fijan largas asas que ofrecen un buen soporte. De igual manera remueven el suelo aquellos que no tienen arado ni bueyes, pero que aún siembran maíz en las pampas templadas en las laderas de las montañas, donde el suelo es generalmente fértil, y los materiales para los cercos están a mano. Estos pobladores hacen agujeros con un palo de punta aguda y en ellos entierran la semilla con la seguridad de que no la arrebatarán las aves del cielo. Dicha semilla, cuando cae en suelo virgen, puede rendir un exuberante fruto y una abundante cosecha. El indio siembra el maíz de grano blanco de preferencia al amarillo (*morocho*), pues considera que cuando se tuesta produce una mejor *cancha*, la que el pobre indio en todas partes consume en lugar de pan, y cuando se hierve resulta el *mote* más suave, pues así llaman al maíz que se hierve simplemente; tiene además el mérito de servir para hacer más sabrosa la *chicha* (o cerveza), que los indios, de forma casera, preparan cada vez que tienen algún grano sobrante en su poder. También, como se nos ha dado a entender, hacen un tipo de cerveza del jugo fermentado de los tallos de maíz que prensan con pequeños rodillos manuales. El destino habitual de las hojas secas de maíz y las corontas es el alimentar al ganado y desde este punto de vista se le considera que engorda más que la alfalfa o las barbas de la caña de azúcar.

El ají o pimiento se cultiva alrededor de las casitas indias y en las huertas en el valle de Huánuco y sin este condimento los nativos apenas si disfrutaban de cualquier alimento.

En su mayoría, los molinos de azúcar en este valle están hechos de madera y son movidos por bueyes. En las haciendas grandes se emplean pequeños rodillos de bronce; pero los propietarios siguen adhiriéndose a la vieja práctica de trabajar con bueyes de día y de noche durante todo el año, salvo accidentes o fiestas y días de guardar, con una sola excepción, la de la hacienda de Andaguaylla, donde estuvimos ocupados en construir un molino hidráulico para moler caña de azúcar.

La bella hacienda o finca de Quicacan,² del coronel Lúcar es un modelo de industria y método según el estilo del país, y hasta donde sabemos, la muy distinguida familia de Echegoyen tiene en Colpa Grande³ la mejor hacienda de caña en el interior del Perú la cual se extiende nueve o diez millas a lo largo de las riberas del río, desde la ciudad de Huánuco hasta las cuestas que llevan a la montaña.

Con referencia a Huánuco, aunque es la ciudad principal o capital del departamento al que pertenece, hemos de observar que el consumo de su producción agrícola, así como su propia prosperidad local, depende del asiento mineral de Cerro de Pasco. Cuando la población de Cerro de Pasco sube a 10.000 o 12.000 habitantes, hay gran demanda de todos los artículos agrícolas de Huánuco; pero cuando, por alguna razón, las minas no se trabajan o están inundadas por el defectuoso drenaje, y la mano de obra para trabajarlas escasea, los huanuqueños y otros agricultores vecinos se agobian mucho o realmente se arruinan, porque desprovistos de esta salida para sus productos, no pueden asumir el gasto de enviar azúcar y licores en mulas a la costa. Como consecuencia terminan pobres en medio de la abundancia, al igual que los propietarios de grandes rebaños de ovejas en las punas altas, cuya

-
2. La casa hacienda de Quicacan es actualmente un atractivo turístico de Huánuco. Disponible en: <http://www.mincetur.gob.pe/TURISMO/OTROS/inventario%20turistico/Ficha.asp?cod_Ficha=2280> (última consulta: 23/05/2016) (N. de la T.).
 3. Puede ser un error o ha desaparecido el registro de este nombre, ya que no hemos ubicado el topónimo, en cambio sí existen Colpa Alta y Colpa Baja (N. de la T.).

lana es de poco valor, pues no pueden pagar el transporte por mula ni llama a la costa; y el escaso producto de los telares del interior tiene poca estimación, como los *obrajes* o manufacturas arruinadas testimonian hoy ampliamente. Además, la lanzadera casi queda en desuso debido a que se introducen continuamente prendas de lana para abrigo así como ropa de algodón más baratas procedentes de los almacenes de nuestros manufactureros ingleses.

Un artículo de primera necesidad del comercio de Huánuco con Cerro de Pasco es la hoja de coca, producido en su *montaña*, a una distancia solo de quince leguas aproximadamente de la ciudad; de este producto se obtienen varias cosechas anualmente. Los cultivadores de índigo en la *montaña* contigua han abandonado su trabajo, según creemos, por falta de fondos para continuar con la manufactura de lo que, por las muestras producidas, era considerado un buen producto.

Gran parte de la fruta de los huertos de Huánuco se consume en las mesas de los *pasqueños* o habitantes de Cerro de Pasco; y en los conventos se confeccionan excelentes confituras que son muy apreciadas y circulan mucho en el área circundante como regalos agradables y muy estimados antes que como artículos formales de comercio

Varias tierras que antes pertenecían a los conventos han sido transferidas como dotación al colegio llamado enfáticamente La Virtud Peruana en Huánuco, que es la única escuela de su tipo abierta hoy en el Departamento de Junín. Este colegio, que se sitúa en lo que antiguamente fue un convento, se fundó en mayo de 1829 bajo la dirección del doctor don Gregorio de Cartagena, y el escritor desea, desde su país nativo, ofrecerle ahora a este inteligente e ilustrado caballero su reconocimiento agradecido por la generosa hospitalidad de la que fue objeto cuando, peregrino y extranjero como era, tocó las puertas del “Templo de la Virtud Peruana”. El doctor don Gregorio de Cartagena, junto con su distinguido pariente, el doctor don Manuel Antonio de Valdizán, tiene el honor de ser considerado el fundador de este colegio en su ciudad nativa, como supimos por el discurso del doctor don Buenaventura López, pronunciado en la capilla del colegio el día de su instalación y publicado, con otros discursos pronunciados en la misma ocasión, en el periódico entonces iniciado como uno de los primeros frutos de la prensa de Huánuco, con el feliz título de *El eco de la Montaña*.

En su discurso, el doctor López exhorta a la generación emergente a aprovechar todas las ventajas del nuevo camino de conocimiento, virtud y honorable distinción que ya se abría libremente para ellos por los meritorios esfuerzos de dos de los más eminentes nativos de Huánuco. Les incita a no olvidar nunca cuánto deben a estos patriotas y benefactores. Le pide a los afortunados jóvenes, poseedores de ventajas que les fueron negadas a sus progenitores, que permitan que, unidos a los deberes del presente, los nombres de sus indulgentes amigos Valdizán y Cartagena, penetren profundamente en sus corazones, encendidos como están de sentimientos del placer más puro, y al recibir prontamente esa generosa impresión, la retengan consigo para siempre.⁴

Los amables y afables habitantes de esta ciudad en el corazón de los Andes tienen la imaginación excitada con las esperanzas de inminentes glorias y su propio valle feliz es demasiado estrecho para sus deseos expansivos. Tan convencidos están sus individuos ilustrados de la halagüeña idea de que una colonia inglesa en las orillas del Huallaga, puede expandir su industria y empresa mediante el cultivo de la gran pampa del Sacramento, que ya se imaginan almacenes adecuados y puertos selectos, muelles preparados y embarcaciones construidas con madera extraída de su propia *montaña*, que los llevarán a un viaje de placer y negocios alrededor del mundo. Imaginan pequeños vapores que llegarán hasta Playa Grande o incluso hasta las cascadas de Casapi, o en puerto de de Cuchero en el río Chinchao, a un par de días de camino desde la ciudad, y calculan que cuando logren materializar sus deseos sus minas de cobre, actualmente inútiles y descuidadas, serán más preciosas y les darán más riquezas que los brillantes o diamantes nunca dieron a su lejano vecino del Brasil. Y no sorprende que los nativos de este valle afín al Eliseo se sientan jubilosos con tales perspectivas, pues su continua comunicación con los conductores de canoas del Huallaga, por un lado, y en tiempos anteriores con los misioneros en el puerto o asentamiento del Mayro, por otro, los familiariza con la noción de navegar por el Huallaga y el Ucayali; asimismo, consideran las

4. El texto castellano original traducido por Smith no ha podido ser ubicado. Por ello, aquí se retraduce, en estilo indirecto (N. de la T.).

pampas del Sacramento que están entre dichos ríos son naturalmente las más ricas y susceptibles de mejora de todo el mundo.

Incluso la fantasía del minero de Cerro de Pasco se enciende cuando piensa en la perspectiva de la navegación a vapor por el Marañón. Don José Lago y Lemus, uno de los mineros veteranos más distinguidos de Pasco, publicó en 1831 un folleto que ilustraba las ventajas que podían enriquecer la República con esta navegación.⁵ En este folleto se encarga de mostrar que las partes del territorio peruano hasta aquí ocupadas, es decir, costas áridas y escarpados distritos serranos, no se pueden comparar, en lo referente a su interés natural o importancia nacional, con las inmensas llanuras, las montañas fértiles o los desiertos selváticos de la frontera oriental, y manifiesta un recomendable celo patriótico ya que se dedica a llamar la atención de sus compatriotas hacia este tema tan importante.

Allí, convencido de la verdad que planteaba al público, y, al mismo tiempo, ansiando el bienestar de la provincia y del departamento de los que había sido designado representante, don José dijo que deseaba proponer a la honorable junta (es decir, la junta departamental de Junín, reunida en la ciudad de Huánuco),⁶ un proyecto de la mayor magnitud, capaz de hacer que la República entera prosperase y la colocara en un alto rango y en condiciones de competir con los más poderosos Estados del mundo y de ser envidiada por ellos. Señalaba que realmente no se podía decir que hubieran ignorado hasta aquí los tesoros y riquezas de las producciones actuales en las montañas del territorio peruano; pero que era igualmente cierto que la falta de brazos, capital y hombres de empresa, constituían causas poderosas por las que habían sido incapaces de disfrutar de sus ventajas. En esta situación de debilidad, cuyo

5. El texto castellano original traducido por Smith no ha podido ser ubicado; por ello, aquí se retraduce, en estilo indirecto (N. de la T.).

6. Fue diputado por Tarma en el Primer Congreso Constituyente de 1822 a 1823 (Del Pino 1987: 1122-1123). En 1833, Lago y Lemus aparece como diputado por Pasco, junto con José María Rocha, de la Junta Departamental de Junín (Paredes 1833: 65). En 1834 era diputado de la Convención Nacional por la provincia de Pasco y miembro de la diputación territorial de Pasco del Tribunal de Minería (Paredes 1834: 23 y 42).

inicio podía remontarse a la condición colonial, pero a la que la Providencia le ha reservado el remedio para la época de nuestra libertad y de un periodo de ilustración intelectual, recomendaba hacer todos los esfuerzos para cosechar tales beneficios incalculables. Afirmaba que las relaciones comerciales son las que más ilustran al pueblo, y que por su magia poderosa se adquieren amistades y se establecen lazos de hermandad con los habitantes más remotos del globo. Por tanto, deseaba el gran canal del Marañón fuera navegable para los barcos a vapor, de modo que por los diversos y menores afluentes que forman ese gran río, pudieran tener entrada a los suburbios inmediatos, a las ciudades, pueblos y aldeas, situadas en las orillas del Huallaga.

Lago y Lemus manifestó a los caballeros reunidos en la Junta la emoción repentina y extraordinaria que le provocaba esta idea en su fuero interno. Su imaginación ya combinaba las ideas que surgían en su mente sobre la privilegiada ciudad de Huánuco: veía que sus espaciosos campos eran merecedores de un mayor cultivo y cuidado, que sus calles abandonadas aparecían repletas de ciudadanos hábiles, que las riberas del ancho río Huallaga presentaban una variada y encantadora perspectiva de navegación, de nuevos pueblos, de caminos abiertos en la selva y campos cultivados. Explicó que, atraídos por la novedad de esta escena, las tribus innumerables de indios salvajes se unirían con ellos y serían sus hermanos, y, así llevados a un estrecho contacto, podrían francamente descubrir el lugar exacto de todos aquellos tesoros escondidos de las selvas que su ignorancia ocultaba hasta hoy. Y como parte integral del Perú, lo llevarían a la grandeza y la respetabilidad. Concluyó señalando que la más vívida imaginación podía perderse en esta contemplación, y se veía superada por la vastedad y el número de los objetos que llenaban sus pensamientos.

Puede parecer al lector que la anterior efusión patriótica, muy propia de un diputado departamental de Junín, pinta, en términos demasiado brillantes, las potencialidades e importancia de la montaña de los confines de Huánuco. Pero, considerando la extensión y fertilidad del territorio y el carácter navegable de sus principales ríos, creemos que quien intente describir sus varias ventajas y superioridades muy probablemente se quedaría corto más bien frente al tema, antes que sobrevalorar la realidad que la imaginación pudiera querer describir.

Esas regiones de la montaña, irrigadas por el Huallaga, Ucayali y Marañón, y con varios afluentes intercalados entre los territorios que las separan, no han sido todavía exploradas adecuadamente, y, por tanto, solo puede ofrecerse una descripción muy imperfecta de su aspecto y sus productos naturales.

De mayo a noviembre, el sol brilla con fuerza en la *montaña*, y, en consecuencia, donde no hay bosque —por ejemplo en el valle del Chinchao—, el suelo se queda tan calcinado que a menudo su superficie se llena de grietas; pero siempre preserva la humedad por debajo, y, por tanto, no necesita irrigación. De noviembre a mayo llueve mucho, a veces durante seis o siete días sin interrupción.

En los ríos hay cocodrilos, tortugas y diversidad de peces, y estos también pululan en los estanques o lagos que se forman con las inundaciones de la estación lluviosa. El más notable habitante de estas aguas es el manatí, a veces llamado pejebuey, por su presunta similitud con la vaca o el buey. Al igual que los cetáceos, a cuya familia pertenece, amamanta a sus crías, y también se alimenta de pasto en las orillas de los ríos.

En los árboles de la selva habitan loros, tangaras y una variedad sorprendente de pájaros, cuyo exquisito plumaje compite en belleza, delicadeza y combinación de matices con las mariposas y las flores. Los monos son tan numerosos que constituyen un elemento principal de alimento animal para el cazador indio, diestro en el uso del arco y la flecha, o de la cerbatana, una pieza larga y hueca de madera a través de la cual sopla un pequeño dardo, y acierta el blanco, a distancias cortas, con precisión mortal. Hay muchas serpientes venenosas. Jabalíes salvajes, venados, pumas, tigres, osos y tapires, frecuentan estas selvas y son objeto de caza.

Los productos vegetales de la *montaña*, considerados aquí como artículos de comercio o adoptados para usos económicos, son numerosos. Entre las maderas preciosas están el cedro y la chonta o ébano, la caoba, el nogal y el almendro. Las plantas y raíces comestibles, a excepción de la papa y la yuca, son poco cosechadas; pero el café, los plátanos y la caña de azúcar, de la cual existe una exuberante variedad llamada la *azul*, son cultivados con cuidado, allí donde la naturaleza realmente no requiere mucha ayuda de la mano del hombre. La caña

de azúcar madura rápido, lo cual no sucede en otras regiones del Perú, y rinde una cosecha anual por costo de producción muy bajo.

En el fértil valle de Chinchao, famoso por sus plantaciones de coca, unos cuantos propietarios de Huánuco cultivan frijoles, para el consumo de los recogedores de coca, también siembran arroz en las riberas húmedas de los grandes ríos y se planta maíz por dondequiera que sea necesario para la subsistencia.

En la *montaña*, la chicha se hace de maíz, como en otras partes del Perú, pero los nativos hacen una bebida llamada *masato* desconocida en las regiones más civilizadas del país, la cual producen mediante la masticación de la yuca o el maíz, etc. que después se deja fermentar; el jugo fermentado, según la cantidad de agua que se le agregue, llegará a una potencia embriagante mayor o menor.

El índigo, como antes hemos notado, es cultivado en la montaña, al igual que el tabaco.

El algodón hilado y tejido en prendas de diversas texturas por los indios, no requiere asistencia artificial para su crecimiento exuberante. También se cosechan limones, limas, naranjas, citrones y otras frutas refrescantes.

La piña es muy abundante y de un sabor delicioso, aunque crece de manera silvestre; y, entre los numerosos productos que brotan espontáneamente en la *montaña* cercana a Huánuco, podemos enumerar el cacao, la canela, la vainilla, el guayacán, la cera vegetal, el benjuí, la sangre de drago, el ungüento de maría, la resina de caraña, el bálsamo de copaiba, el copal y muchas otras gomas, bálsamos y resinas. La cinchona y la zarzaparrilla abundan en gran cantidad.

Estamos en deuda con el señor Mathews, botánico inglés ya mencionado, por la amabilidad de proporcionarnos la siguiente descripción de plantas medicinales, recolectadas durante un viaje de bajada por el río Huallaga y parte de Maynas:

1. *Machagui huasca: bejuco* o planta trepadora, cuyo tronco y ramas son muy amargos. Crece en Tarapoto y se emplea como febrífugo.

2. *Diabolo huasca*:^{*7} crece en Tarapoto y se usa medicinalmente como purgante.
3. *Uchu sanango*: especie de taberna-montana que crece en Tarapoto y Moyobamba. Es muy picante, produce un grado perceptible de calor, y se utiliza como remedio en los resfríos y afecciones reumáticas de las articulaciones.
También se dice que se emplea en la preparación del *pucuna*, un veneno (véase Humboldt).
4. *Chiri sanango*: se dice que sus efectos son contrarios a los del anterior, los nativos le tienen cierto temor.
5. *Calentura huasca* o *shiyintu*: tiene efectos violentos, hincha la garganta; produce una fiebre alta y acelera el pulso al máximo; y, después de veinticuatro horas de fiebre, la piel comienza a despellejarse.
Con este remedio se tratan varias dolencias. Para curarse, el paciente, generalmente, se retira a un lugar donde no pueda ser molestado, su *chacra* o casa de campo; una vez allí, guarda cama durante ocho días, y se baña el día décimo quinto. Durante cuatro meses, los que toman esta medicina deben seguir una dieta. En algunos hombres no produce efectos perceptibles.
La parte de esta planta utilizada medicinalmente es el tallo que se tuesta, se muele y se toma después con agua tibia o guarapo.
6. *Zuquilla*: es una variedad de zarzaparrilla de raíz gruesa.
7. *El guaco*: crece cerca de Tarapoto.
8. *Piñón* o *crotón tiglium*: tres semillas de esta planta actúan como un remedio drástico.
9. *Carpuña*: unas cuantas hojas (dos o tres) de esta planta, en un licor tibio y aguado, actúan como sudorífico para los resfriados y dolores reumáticos.

7. Aunque el Sr. Mathews omite mencionar su carácter botánico, es probable por el nombre de *huasca* que significa 'soga', que esta, como la planta anterior, sea un bejuco flexible. Los bejucos son utilizados comúnmente en el Perú como cuerdas con el propósito de construir puentes y cercas.

10. *Huyusa*: sus hojas se usan, en poca cantidad, en forma de infusión; y este remedio tiene las mismas virtudes que la *carpuña*.
11. *Creteva tapia*: se muele hasta hacerla polvo y se toma con agua fría. Actúa como un poderoso emético.
12. *Yerba de San Martín*: la infusión de esta planta se utiliza con el mismo propósito que la cubeba o el bálsamo de *copaiba*.